LA POESIA DEL AGRO

ELOGIO ANACRONICO DE LOS CAMINOS VECINALES

Delicia e intimidad de los escondidos senderos. — Evocación de Canito, la primera quimba de Caldas. — El abuelo del camino. — El dulce y pequeño mundo.

Escribe: ADEL LOPEZ GOMEZ

Bajo el encanto lustral de aquella luz primera, en la frescura del aire recién lavado, el caminito vecinal avanzaba por entre las sementeras húmedas y los cabuyales verdes de los cercados.

Era apenas una estrecha vía de peatones y acémilas y a veces no más que un senderillo culebreante que sólo se podía seguir en fila india. Olía a flor de guamo y a jazmín de noche. Sorpresivamente aparecía una casita de guadua, con su patizuelo, entre los platanares, junto a un mango frutecido. Una cerca de varas erguidas y aguzadas la separaba del camino. Sobre ella desbordaban las macetas rosadas de la bellísima. Por algún sitio cercano, invisible, pasaba el agua familiar cantando. Luego, de súbito, se salía también de aquella especie de clara sombra. Y la luz, antes tamizada por los follajes, filtrada por los macisos y las congoleras, se hacía definitivamente rubia y gozosa, más allá de las dulces penumbras matinales, en las parcelas de pastoreo, en el campo abierto. Un pajarito nervioso, color de ceniza, se posaba en la flor de india para picotear las semillas tiernas, y por un momento la espiga quedaba oscilando bajo su leve peso. El día perfumado y gozoso olía ahora al yaraguá verdi-morado que florecía en los barrancos y al café asoleado que se requinta en las parihuelas y al maíz niño que filotea en las huertas.

Era el día cotidiano, el día de siempre, de un solo ritmo y una misma armonía. El día, en fin, inocente y bueno de los caminos vecinales. Que huele y sabe y suena al olor y al sabor y a la voz del tiempo pretérito, cuando no existían las carreteras heroicas ni las autopistas magnificas. Cuando el transeúnte dialogaba con los campesinos y se detenía en

las pequeñas fondas o desenvolvía su fiambre casero a la orilla de un riachuelo que desemboca en la senda, un tanto misterioso aún del fresco misterio del bosque.

Copioso, sí. Un tanto obvio. Cargado de imágenes. Coloreado con los lugares comunes y gastados, únicos de que dispone la literatura para decir este encanto cada vez más ausente de los caminos agrarios que fueron belleza del tiempo, testimonio de un modo vital que era contemplativo y lento y se hizo inútilmente raudo.

No es posible decirlo de otra manera, porque éstas son las palabras, las imágenes y las emociones que nacieron al andar de los días en un tiempo en que había menos prisa, menos relojes y más dulzura en el campesino corazón.

CANITO, REMESERO Y CAMINANTE

Qué sitio, qué comarca es ésta, maravillosamente anacrónica, de cuyo amoroso trasiego puede escribirse como huele la salvia de los rastrojos o la tierra recién arada o la florecita de buenas-tardes, que medra junto al lavadero rural? Es todavía —y aún no distante de la capital provinciana— un pedazo de suelo apacible, con sus tradiciones y su gente, replegado en sí mismo, sosteniendo en su aroma y en su espíritu, que son el aroma y el espíritu, y también la poesía de los senderos vecinales.

De caserío en caserío, de pueblo en pueblo, de ciudad en ciudad, estos eran los “caminos riales” del pretérito y no había otros. Uno de ellos descendía de Manizales, fatigosamente, por la falda del Rosario al pueblecito de San Pacho, antes de seguir a Santa Rosa, a Pereira, al Quindío remoto.

Era el camino de los comerciantes y de los arrieros, de los tratantes de caballos, de los vagabundos, de los trotamundos buscalavida que, venidos de la tierra recién colonizada, enjugaban en El Roble la última lágrima de la infancia delante del paisaje nativo, se anudaban decididamente los cordones de las alpargatas, retrepaban el maletero a la espalda y se echaban de nuevo a la azarosa aventura. El camino también de los remeseros que una noche, cubiertos de sudor y lodo, tocaban a la puerta de don Carlos Pinzón, de don Rafael Botero o de don Jenaro Mejía para recibir de ellos —de uno u otro o de todos— el fardo de dinero para la cosecha cafetera del Quindío.

Camino abierto y trocha sombría a la par y alternadamente. Era la ruta de Juan María Cano —Canito— remesero sin par, la primera quimba de Caldas, el hombre de confianza de los compradores de grano. Con los billetes de banco y las monedas de oro que sobre los lomos de Canito viajaron entre Manizales y Armenia en sólo quince años de su heroica vida, se podría comprar hoy toda una ciudad con sus bancos y sus fábricas y sus ricas mansiones. Pero él no era más que un hombrecito de metro y medio de estatura, reseco, cetrino, delgado de tobillos, duro de pantorrillas, huesudo de pecho, chupado de cara, capaz de tomar camino a las dos de

la mañana, con su joto de dinero, en la casa de don Carlos, don Rafael o don Jenaro y rendir jornada a la media noche al pie de la caja de hierro de don Ricardo Angel, a media cuadra de la plaza de Bolívar de Armenia.

Pero yo sólo quería decir de aquel varón supremo, que era un andante de los caminos vecinales. Y que por ser éstos lo que eran, Canito iba por entre los bosques y los atajos, se detenía un momento en las ventas a tomar un vaso de guarapo o en la posada a almorzar como cualquier caminante. Y que en veinte leguas a la redonda, no había tendero ni hospederero, cacharrero de cajón al cuello, peón de campo o mandadero de poblado que ignorase al hallarlo que Canito llevaba a la espalda todo el valor de la cosecha cafetera del Quindío.

Canito, aquel hombrecillo de mulera de manta y verraquillo en la diestra, sobre cuyas cenizas no han levantado todavía un monumento de bronce.

EL DULCE Y PEQUEÑO MUNDO

La gente de los caminos vecinales se parece a ellos. Tiene su misma frescura. Es igual a este viejo campesino que teje su escoba de hiraca a la sombra del alar, mientras una gallina, muy abstraída en lo suyo, se da un baño de polvo al pie de la ajisera de coralinias plomadas, y el gallo criollo, con mucho estremecimiento de cresta y papada sermonea a su favorita con la cara congestionada.

Es el abuelo Gregorio Monsalve, que vive en este sitio desde hace más de sesenta años. Desde que su padre rionegrero llegó del sur antioqueño por las cerradas trochas del coloniaje, con la mujer sufrida, el perro entramojado y la hijada en larga escalera como los silbatos unidos en el capador de caña.

Gregorio, el mayor, era ya un hombrecito de dura brega. Tenía doce años. Era él quien conducía sobre los lomos del caballo moro los dos canastos de la menuda prole.

El mundo de entonces apenas sí ha cambiado para él. Las aldeas del recuerdo, que atravesara con los suyos durante aquel viaje de otro siglo, se han convertido ya en ciudades. Las fondas camineras desaparecieron bajo las cuchillas monstruosas de los bulldosers. Han rectificado los caminos y levantado puentes de hierro sobre los ríos para que pasen los automotores. Los ríos se han adelgazado en sus lechos a causa de la destrucción forestal. Desaparecieron las distancias y ya no sería una aventura de gesta regresar a la tierra de origen cuyas formas se pierden, ya casi como si pertenecieran a otras vidas.

Pero el viejo Gregorio Monsalve sólo tiene una idea muy vaga de todas esas maravillosas mutaciones. Las suyas han sido lentas y apacibles. La heredad paterna, sobre cuyo suelo crecieron las matas, fue parcelada

entre los hijos y quedó dividida en pequeños fundos: cada uno un pequeño cafetal, una reducida platanera, una manguita para la vaca y el caballo y un macizo de guaduas.

El, Gregorio, tuvo en suerte la casa mayor, la que él y su padre construyeron con sus propias manos hace más de medio siglo. Los hijos y los años lo convirtieron en abuelo. Casi nunca ha salido de sus linderos de pequeño propietario y nunca va a la ciudad. Camina por su predio y nada más. El mismo recolecta sus cogollos de hiraca, los despliega y tiende a secar en el alambre del patio. Cuando está seca la paja el viejo teje sus escobas sentado en el alar.

Delante de su vivienda pasa el camino vecinal. El camino se parece a él en corazón y espíritu. Ya puede el universo andar por donde quiera y al paso que le provoque. El, su casa, su pilón de laurel, su maíz en turegas a horcajadas sobre las vigas, serán siempre iguales y vivirán como se vivía hace sesenta años.

El camino vecinal conserva su ritmo y mantiene su paz en un mundo cada vez más estrecho pero siempre inefable. . .